

## Notas comunistas contra la teoría feminista /1 Marxismo y «reproducción social»

Pues, aunque se acostumbra igualmente a decir que a las personas razonables no les importan las palabras, sino la *cosa*, ello no da licencia para designar una cosa con una palabra que no sea la suya, ya que eso es impropio a la vez que un engaño que pretende no tener la palabra *justa*, y presume de ello, ocultándose que, de hecho, le falta la cosa, esto es, el concepto; si dispusiera de éste, tendría también su palabra justa.

Hegel, *Fenomenología del Espíritu*

Como sabrá el lector asiduo de *Línea Proletaria* (LP), en los últimos números de esta revista hemos venido desarrollando nuestra crítica al feminismo. En *Oportunismo y feminismo: breve historia de un matrimonio contrarrevolucionario* (LP5) intentamos demostrar la naturaleza política de todos los intentos habidos de erigir un *feminismo rojo* desde el punto de vista de los **principios revolucionarios**. Se trataba de demostrar cómo, de suyo, esta operación conciliadora ha respondido siempre o bien a la pretensión oportunista de la aristocracia obrera de *aliarse* con el movimiento femenino burgués en clave reformista (introduciendo en el movimiento obrero principios ideológicos, políticos y organizativos burgueses), o bien a los intentos del movimiento femenino burgués de *ganarse* a sus «hermanas menores» proletarias (hipostasiando de manera interclasista la *cuestión femenina*, escindiendo a las trabajadoras del movimiento obrero y desgajándolas de la *cuestión social* general convirtiéndolas en *activistas de género*). No pretendíamos más que –y no es poco!– **restituir la tradición proletaria revolucionaria**, en la que se inscriben todos los grandes nombres de nuestra clase (de Marx y Engels a Kollontai, de Lenin, Zetkin y Krupskaya a Mao, Gonzalo y Adrianzen), que siempre ha rechazado cualquier forma de feminismo, de movimiento de la mujer *en cuanto mujer*, por ser una aproximación oportunista e interclasista a la *cuestión femenina*. Por su parte, en *El feminismo en la retaguardia de la historia: Palabras, obras y omisiones del movimiento femenino burgués* (LP6) tratábamos de fundamentar y demostrar **históricamente** esta posición de principio, exponiendo a la luz de la experiencia práctica qué lugar ha ocupado en la lucha de clases el feminismo realmente existente en cualquiera de sus variantes y épocas, desde sus antecedentes en la Francia revolucionaria hasta el siglo XXI. Para ello acudimos a las propias fuentes primarias de los grandes nombres reivindicados por el feminismo (de Mary Wollstonecraft a Butler, pasando por Olympe de Gouges, Simone de Beauvoir o Kate Millet), destacando sobre todo aquellos pasajes donde, más allá de bellas palabras e intenciones melifluas, estas autoras (y autores!) confiesan claramente sus **posicionamientos y horizontes políticos**.

Es por lo anterior que, más allá de incidentales comentarios de pasada y observaciones puntuales allí donde la exposición lo reclamaba, no hemos

entrado aún de manera sistemática a realizar la crítica teórica de las elaboraciones feministas. Comenzamos ahora esta ingrata pero imprescindible labor, priorizando aquellas corrientes intelectuales del *feminismo rojo* que más pretenden levantarse sobre la tradición y la teoría marxistas, y **poniendo el foco especialmente en aquellos conceptos centrales que sostienen el grueso del edificio teórico del actual movimiento femenino burgués**. En el presente artículo nos ocuparemos, en particular, de ese «feminismo marxista» que cree haber encontrado la piedra filosofal en su «teoría de la reproducción social»; una corriente que trata de fundamentar sus posiciones en nada menos que en la *crítica de la economía política* de *El capital* de Marx; una corriente que tras 40 años de desarrollo ha conseguido ganarse un sitio bajo el sol y permea las concepciones programáticas de gobiernos *progresistas*, de huelgas (patronales) feministas... y de buena parte del revisionismo.

## 1. Antes de empezar: teoría y marxismo

### 1.1. La *producción espiritual* de la burguesía

La situación de la vanguardia ideológica del proletariado nos obliga, en cualquier caso, a realizar unos apuntes preliminares acerca de la relación del marxismo con la teoría. A riesgo de resultar reiterativos, debemos insistir una vez más en que los obreros comunistas deben **aprender a pensar como marxistas**. Esto no es una frase, sino un reto universal del *partido* proletario:

«Sobre todo los jefes deberán instruirse cada vez más en todas las cuestiones teóricas, desembarazarse cada vez más de la fraseología tradicional, propia de la vieja concepción del mundo, y tener siempre presente que el socialismo, desde que se ha hecho ciencia, exige que se le trate como tal, es decir, que se le estudie. La conciencia así lograda y cada vez más lúcida, debe ser difundida entre las masas obreras con celo cada vez mayor, y se debe cimentar cada vez más fuertemente la organización del partido, así como la de los sindicatos.»<sup>1</sup>

Estas palabras de Engels deben ser tomadas en serio. Escritas a finales de 1874, cuando el movimiento obrero alemán estaba en pujante ascenso y a las puertas de su unificación política y organizativa en el Congreso de Gotha (1875), tienen si cabe aún más importancia en un momento, como el nuestro, de retroceso del movimiento obrero, dispersión ideológica, oportunismo político y atomización organizativa. Como exponemos en este mismo número de nuestro Órgano (*Marx, Engels y la fundamentación de la emancipación*), los padres del marxismo fueron un constante ejemplo de esta actitud sistemática y críticamente científica hacia el saber. *Desembarazarse cada vez más de la fraseología tradicional* es condición para la **independencia ideológica del proletariado**; significa, para empezar, emanciparse del sentido común de la burguesía, puesto que *la ideología dominante es la ideología de la clase dominante*.

«Las ideas de la clase dominante son las ideas dominantes en cada época; o, dicho en otros términos, la clase que ejerce el poder *material* dominante en la sociedad es, al mismo tiempo, su poder *espiritual* dominante. La clase que

---

<sup>1</sup> Prefacio a *La guerra campesina en Alemania*; en MARX, K.; ENGELS, F. *Obras Escogidas*. Progreso, Moscú, 1976, tomo II, p. 180.

tiene a su disposición los medios para la producción material dispone con ello, al mismo tiempo, de los medios para la producción espiritual, lo que hace que se le sometan, al propio tiempo, por término medio, las ideas de quienes carecen de los medios necesarios para producir espiritualmente. Las ideas dominantes no son otra cosa que la expresión ideal de las relaciones materiales dominantes, las mismas relaciones materiales dominantes concebidas como ideas; por tanto, las relaciones que hacen de una determinada clase la clase dominante son también las que confieren el papel dominante a sus ideas. Los individuos que forman la clase dominante tienen también, entre otras cosas, la conciencia de ello y piensan a tono con ello; por eso, en cuanto dominan como clase y en cuanto determinan todo el ámbito de una época histórica, se comprende de suyo que lo hagan en toda su extensión y, por tanto, entre otras cosas, también como pensadores, como productores de ideas, que regulen la producción y distribución de las ideas de su tiempo; y que sus ideas sean, por ello mismo, las ideas dominantes de la época.»<sup>2</sup>

Esta tesis la sintetizará Mao diciendo que «cada persona existe como miembro de una determinada clase, y todas las ideas, sin excepción, llevan su sello de clase»<sup>3</sup>. O, dicho de otra manera: cada clase expresa las relaciones que la constituyen elaborando sus propias ideas. Y, a pesar de ser una tesis archiconocida, casi un *lugar común* entre los medios *marxistas*, la mayor parte de la vanguardia proletaria hace caso omiso de sus decisivas implicaciones.

Párese el lector a pensar, por un segundo, en el caso que nos ocupa, esto es, el del feminismo. Durante la segunda mitad del siglo XX (desde que la teoría feminista se separa de su matriz liberal decimonónica) la aplastante mayoría de las ideas feministas han sido producidas no sólo por *los individuos que forman la clase dominante*<sup>4</sup>, sino también, específicamente, **por los productores de ideas y en los medios para la producción espiritual de la clase dominante**. ¿Qué otra cosa son las universidades burguesas sino las *fábricas de ideología dominante*? ¿Qué otra cosa son las profesoras universitarias feministas, de las que luego hablaremos, sino productoras directas de *las ideas dominantes*? ¿Qué son estas ideas sino expresión, más o menos crítica, de las *relaciones dominantes*? ¿Qué otra cosa son las revistas académicas, los *papers*, las tesis doctorales, las columnas de opinión, y los *best sellers* donde se propaga el feminismo sino la forma tangible que adoptan estas ideas cuando se *distribuyen* entre las masas? Esta simplona obviedad debería poner en guardia al marxista sincero acerca del *sello de clase* de las ideas que consume, sea en el mercado feminista, *rojipardo*, *frankfurtiano* o *ñiguista*; que algunas de tales ideas (como el “género” y todos sus

<sup>2</sup> MARX, K.; ENGELS, F. *La ideología alemana*. Pueblos Unidos/Grijalbo. Montevideo/Barcelona, 1972, pp. 50-51.

<sup>3</sup> *Sobre la práctica*; en MAO, TSE-TUNG. *Obras Escogidas*. Ediciones en Lenguas Extranjeras. Pekín, 1968, tomo I, p. 318.

<sup>4</sup> Como sabemos, y precisamente porque el proletariado aparece en la historia *careciendo de los medios para producir espiritualmente*, sus primeros ideólogos son burgueses desclasados, como los propios Marx y Engels. Pero es este desclasamiento –un cambio radical de concepción del mundo–, precisamente, el que emancipa al ideólogo decimonónico de la producción espiritual de la burguesía (de sus cátedras, de sus grandes editoriales, de sus grandes medios de comunicación...) y le integra en las instituciones y organismos del movimiento obrero (sus asociaciones educativas, sus periódicos y revistas sostenidos con el salario de los trabajadores, sus editoriales partidarias, sus círculos de estudio, etc.). Ahora, con un proletariado relativa y absolutamente más culto, esta labor *ni puede ni necesita* recaer sobre ideólogos desclasados, sino que es tarea del propio proletariado consciente elevarse a la comprensión del proceso histórico.

derivados, que exploraremos en el siguiente número de *Línea Proletaria*) sean no sólo dominantes, sino activamente implantadas por el capitalista colectivo que es el Estado, debería ser bastante para producir el rechazo casi instintivo del proletario comunista.

Pero el obrero de vanguardia no puede quedarse simplemente en esta actitud escéptica, negativa, hacia la producción espiritual de la burguesía: debe, porque tiene a la espalda la prolija historia de su clase, producir positivamente las *ideas* que expresen sus *relaciones* como **clase revolucionaria**.

## 1.2. Teoría marxista y ciencia

*Las ideas dominantes no son otra cosa que la expresión ideal de las relaciones materiales dominantes.* Básica tesis materialista. *Ya sabemos que el ser social determina la conciencia. ¿Para qué recordarlo?*, pregunta un lector impaciente. *¿Por qué se ha olvidado?*, preguntamos nosotros.

En sus *Tesis sobre Feuerbach*, Marx ya formula la genial idea materialista según la cual «la esencia humana» es, «en su realidad, el conjunto de las relaciones sociales».<sup>5</sup> Y, además, nos dice que:

«Toda vida social es esencialmente *práctica*. Todos los misterios que inducen a la teoría al misticismo encuentran su solución racional en la práctica humana y en la comprensión de esta práctica.»<sup>6</sup>

Las ideas dominantes expresan las relaciones dominantes; las relaciones dominantes son, esencialmente, la práctica que constituye un determinado modo de organización de la vida social. Quizá seguimos diciendo obviedades. Pero, ¿se ha parado el lector a reflexionar serenamente sobre esto? Si extraemos las consecuencias necesarias de esta tesis materialista histórica<sup>7</sup> –a saber: que la práctica de las clases determina su concepción del mundo– debemos concluir que a las formas burguesas de *producción espiritual* le son absolutamente **inaccesibles** las ideas que necesita el proletariado revolucionario. **No se trata entonces de un problema epistemológico**, de una limitación subjetiva del conocimiento, de aplicar bien o mal un *método*, una *perspectiva* (la de la «totalidad», por ejemplo) o un proceder *crítico*. Es un problema de carácter **ontológico**, pues la práctica de las clases, determinada por los intereses objetivos de grupos determinados por la **división social del trabajo**, impone **límites a lo concebible** (pues aquello que queda fuera de la experiencia realizada o posible de una clase no puede ser imaginado más

---

<sup>5</sup> *Tesis sobre Feuerbach*; en MARX, K.; ENGELS, F. *La ideología alemana*, p. 667.

<sup>6</sup> *Ibidem*.

<sup>7</sup> «El concepto de *praxis* resume adecuadamente la síntesis de este nuevo cuerpo doctrinal porque expresa el lugar que ocupa la conciencia en la nueva concepción científica del mundo, a saber, como **reflejo intelectual de las relaciones sociales**, como proyección subjetiva de la actividad material del hombre organizado socialmente para producir sus medios de vida, o, si se quiere, como **aspecto subjetivo de la práctica**. Finalmente, la dialéctica de la *praxis* consiste en que el modo de la conciencia sólo expresa el modo en que los hombres producen sus medios de vida, y que a cada modo de producción corresponde un estado de la conciencia; es decir, la conciencia es expresión de una actividad subjetiva práctica.» *La nueva orientación en el camino de la Reconstitución del Partido comunista. Parte II: Conciencia y revolución*; en LA FORJA, nº 33, diciembre de 2005 (Separata), p. XII.

que a condición de un previo desclasamiento): la burguesía, *en cuanto clase*, no puede acceder a la comprensión del mundo que le es necesaria al proletariado, pues su práctica (relaciones sociales, intereses...) se lo impide.

De hecho la historia de la ciencia moderna es un magnífico ejemplo de cómo la concepción del mundo de una clase refleja su práctica e intereses reales. La conciencia también es configurada en un **proceso histórico**, determinada en última instancia por la división social del trabajo y en la superficie histórica por la **lucha de clases**. Mientras la burguesía tomaba conciencia de sí misma en el seno del modo de producción feudal, en el reino del espíritu comenzó defendiendo sus intereses con la modesta crítica del principio de autoridad –reflejo intelectual de la formación social feudal-patriarcal–; aún sin desbancar a Dios de su trono, le obligó a fundamentar su soberanía sobre la razón; percibiendo su misma naturaleza como la del mundano interés material, rescató la experiencia como único fundamento posible del conocimiento, etcétera... Los progresos espirituales de la burguesía son correlativos a su experiencia práctica como clase: lo que empezó como una tímida (pero revolucionaria) *crítica* terminó configurándose como la todopoderosa ciencia moderna, tan *productiva* en sus predicciones y aplicaciones técnicas como muda respecto a cualquier noción fuerte de verdad. Tan a rebufo va, por lo general, el espíritu respecto de la vida práctica<sup>8</sup>, que apenas muerto el filósofo que mejor expresaba idealmente la práctica de la burguesía revolucionaria (obviamente, Hegel) ya se gestaba la concepción del mundo definitiva de la burguesía como clase conservadora (la ciencia positivista). En efecto, **la clase capitalista eligió no desarrollar el intento de levantar su cosmovisión sobre la base de una ontología dialéctica**; su *lado revolucionario*, como llamaba Engels a la dialéctica, era demasiado subversivo como para convencer a su propia clase social, crecientemente temerosa de un proletariado cuya figura comenzaba a ser, si no amenazante, sí al menos inquietante para la burguesía. El ser social de la burguesía, la defensa de sus intereses de clase, determinó su conciencia. Pasado el primer tercio del siglo XIX las *relaciones dominantes* que constituían al destacamento políticamente a la vanguardia de la clase burguesa (su *sección francesa*) ya no eran sus necesidades revolucionarias frente al inmóvil régimen feudal, sino el afán de conservación de las posiciones recientemente conquistadas. Son estas relaciones materiales las que se expresan intelectualmente en el positivismo de Comte, y sus coordenadas *antimetafísicas* establecerán el

---

<sup>8</sup> «La filosofía siempre llega demasiado tarde para eso [para enseñar “cómo debería ser el mundo”]. Como *pensamiento* del mundo, sólo aparece después de que la realidad haya cumplido su proceso de formación y haya alcanzado su completud. Lo que enseña el concepto, lo enseña también necesariamente la historia: que sólo cuando la realidad ha madurado aparece lo ideal frente a lo real, y que lo ideal (*das Ideale*) edifica el mundo real, captado en su sustancia, con la forma de un reino espiritual (*intellektuell*). Cuando la filosofía pinta su gris en gris una forma de la vida ya se ha hecho vieja. Y con su gris en gris, la filosofía no puede rejuvenecerla, sino solo conocerla. La lechuza de Minerva sólo comienza su vuelo con el crepúsculo.» HEGEL, G. W. F. *Fundamentos de la Filosofía del Derecho o Compendio de Derecho Natural y Ciencia Política*. Tecnos. Madrid, 2017, p. 21. He aquí una tesis fundamentalmente *materialista* del idealista Hegel, de la que obviamente bebe Marx. Si ya el propio Hegel había propuesto –en su *Fenomenología*– el dejar atrás la Filosofía en cuanto *amor al saber* en beneficio de la Ciencia (*Wissenschaft*) como *saber efectivamente real*, Marx llamará a superar el mero *conocimiento* interpretativo (especulativo) en virtud de la *transformación* del mundo.

marco desde el que brotará el neokantismo y las posiciones epistemológicas *espontáneas* de toda la ciencia moderna.<sup>9</sup>

Dado que la burguesía ha transitado por todo este proceso histórico para configurar y asentar su concepción del mundo independiente –de la crítica de la autoridad al sistema de la ciencia–, sería ridículo pensar que la concepción del mundo del proletariado, el marxismo, nació ya terminada de la cabeza de sus fundadores... o que fue clausurada en la figura de alguno de sus jefes. Más aún en el caso de nuestra ideología, que se remite expresa y conscientemente a la práctica como su fuente, fundamento y criterio de verdad. Que el marxismo naciera ejercitando la *crítica* es algo que no puede resultar sorprendente desde este punto de vista histórico: no se puede fundar una nueva cosmovisión sino diseccionando y reelaborando los materiales de la anterior; que para dar consistencia al nuevo conjunto hicieran falta intentos sucesivos de sistematización resulta, si cabe, aún menos sorprendente. Si miramos la vida del proletariado revolucionario desde la larga perspectiva histórica, veremos que el cierre del Ciclo de Octubre marca su definitiva madurez como clase: su práctica revolucionaria (las relaciones revolucionarias que nos constituían como clase, i. e., como *partido*) exige hoy la **racionalización** de la misma. Y racionalizar significa dos cosas: **elaborar de forma sistemática las propias ideas** y también **explicarse ante sí mismo el camino transitado**. El proletariado debe poder integrar su actual estado de derrota en el curso proyectado de su victoria definitiva: debe contemplar el *error* como parte inevitable, aunque imprevisible, de sus planes. Si nos hemos detenido aquí ha sido por lo siguiente: como decíamos, el proletariado de vanguardia no puede comprar, sin más ni más, la mercadería conceptual que produce la burguesía en sus *medios de producción espiritual*: ella es la síntesis de las relaciones sociales burguesas. Pero tampoco puede quedarse en el mero escepticismo, ni en esa postura ambivalente que rechaza en la forma lo que en el contenido abraza: es muy fácil seguir pensando al modo burgués usando *las palabras* proletarias. El obrero comunista, hoy, debe ser productor de su propia concepción del mundo, debe contribuir a la elaboración de la visión de la realidad de su clase. Y esta cosmovisión, además de tener su propio lenguaje conceptual –porque los conceptos son síntesis de la praxis–,

---

<sup>9</sup> Naturalmente, allí donde la burguesía ya se sabe clase dominante resulta superfluo y peligroso imaginar cualquier *más allá*, y de ahí el prejuicio *antimetafísico* de los positivistas, que razonablemente acusaron a Marx de ser, precisamente, metafísico. Lo mismo puede decirse de los prejuicios espontaneístas y *antiontológicos* de la vanguardia, que teme ir más allá del estado inmediato del movimiento obrero. El *¿Qué hacer?* de Lenin es rico en lecciones al respecto. En cualquier caso, hemos dicho algo más de este proceso histórico de formación de la conciencia en el número 3 de Línea Proletaria: *Ciencia, positivismo y marxismo: notas sobre la historia de la conciencia moderna*. Aunque la reciente filosofía de la ciencia (Kuhn, Feyerabend) ha mostrado cierta preocupación por estos problemas, consideramos que el positivismo es la configuración histórica que ha adoptado la ciencia como forma de conciencia burguesa. Incluso ciencias más jóvenes como la psicología clínica, que tratan inevitablemente con *sujetos*, son constitutivamente positivistas: para *operar con su objeto* están obligadas, independientemente de la voluntad del *operador*, a tomar como único presupuesto posible el modo de producción capitalista y la sociedad burguesa, cuyas consecuencias a la escala del individuo atomizado deben contribuir a mitigar. Ni siquiera los irresueltos debates *metafísicos* abiertos por la física cuántica han logrado desestructurar significativamente esta forma de comprensión de los datos de la experiencia: obligarían a dejar de tratar al sujeto como un objeto más y, por tanto, a contemplar la *libertad de agencia* de las clases sociales. Algo inconcebible para una clase que ya ha decretado el fin de la historia en un sentido fuerte.

establece determinadas relaciones entre esos conceptos, relaciones que reflejan las relaciones reales del mundo y del proletariado como clase revolucionaria. Las relaciones entre los conceptos, el lugar que cada uno de ellos ocupa en el cuadro de conjunto de la concepción del mundo, no es otra cosa que el aspecto *sistemático* de nuestra concepción del mundo *crítica*. Veamos esto un poco más de cerca, aplicándolo al problema que nos ocupa.

## 2. La familia, la propiedad privada y el Estado

Hagamos un pequeño *flashforward* o, por decirlo en jerga moderna, un *spoiler*: un gran porcentaje de las disputas, los malentendidos, las refutaciones y los intentos de «desarrollo» feministas respecto del marxismo se concentran en un único pasaje engelsiano que ha traído de cabeza a generaciones de autoproclamados marxistas. El pasaje generó la burla de algún sociólogo ruso en el siglo XIX<sup>10</sup>, rechazo doctrinal en la URSS de los años 40<sup>11</sup>, algunas feministas lo usaron para fundamentar teóricamente una lógica de la opresión de la mujer transhistórica e independiente de la *cuestión social* (las teorías del «sistema dual»), y por él Lise Vogel –madre del feminismo de la reproducción social– acusa también a Engels de ofrecer una respuesta *dualista* al problema de la opresión de la mujer. Traemos aquí el paso para que el lector pueda ir reflexionando sobre él, e inmediatamente después trataremos de reconstruir su historia conceptual para hacerlo cabalmente inteligible:

«Según la teoría materialista, el factor decisivo en la historia es, en fin de cuentas, la producción y reproducción de la vida inmediata. Pero esta producción y reproducción son de dos clases. De una parte, la producción de medios de existencia, de productos alimenticios, de ropa, de vivienda y de los instrumentos que para producir todo eso se necesitan; de otra parte, la producción del hombre mismo, la continuación de la especie. El orden social en que viven los hombres en una época o en un país dados, está condicionado por esas dos especies de producción: por el grado de desarrollo del trabajo, de una parte, y de la familia, de la otra. Cuanto menos desarrollado está el trabajo, más restringida es la cantidad de sus productos y, por consiguiente, la riqueza de la sociedad, con tanta mayor fuerza se manifiesta la influencia dominante de los lazos de parentesco sobre el régimen social.»<sup>12</sup>

### 2.1. La Filosofía del Derecho de Hegel y la crítica de Marx

---

<sup>10</sup> Vid. *Quiénes son los «amigos del pueblo» y cómo luchan contra los socialdemócratas*; en LENIN, V. I. *Obras Completas*. Progreso. Moscú, 1981, tomo 1, pp. 152 y ss. Mijailovski sugería que el pasaje de Engels «enmendaba» el monismo marxiano de *El capital*. Lenin se burlaba de la burla, negando la negación, respondiendo irónicamente: «Y bien, ¿no creerá el señor Mijailovski que las relaciones referentes a la procreación pertenecen a las relaciones ideológicas?». *Ibidem*, pp. 155-156.

<sup>11</sup> Vid. LEONTIEV, L. A. *Political Economy in the Soviet Union*; en SCIENCE & SOCIETY, vol. 8, no. 2, 1944, pp. 115–25. En este artículo, publicado originalmente en la revista oficial *Bajo la bandera del marxismo*, también se acusa a Engels de romper con el monismo de Marx, habiendo provocado, según los autores, una *idealización* de la comunidad primitiva entre los estudiantes soviéticos de economía política.

<sup>12</sup> *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*; en MARX, K.; ENGELS, F. *Obras Escogidas*. Progreso, Moscú, 1976, tomo II, p. 204.

Una de las fuentes inmediatas más importantes del lenguaje teórico-conceptual que usan Marx y Engels es, naturalmente, la filosofía de Hegel. Las referencias a esta herencia en la propia correspondencia de los dos amigos son abundantes y, sin embargo, no siempre se tiene en cuenta esta circunstancia allí donde resulta esclarecedora.

A diferencia de lo que suele decirse, Hegel no es un simple apologeta del Estado prusiano. Su *Filosofía del Derecho*, nos dice él mismo,

«en cuanto tiene por contenido la ciencia del Estado, no puede ser otra cosa que el intento de *comprender y de exponer el Estado como algo en sí mismo racional*. En su calidad de escrito filosófico, tiene que estar lo más lejos posible de construir cómo debería ser un Estado. La enseñanza que puede haber en este libro no puede consistir en enseñar lo que el Estado debería ser, sino más bien en cómo debe ser conocido el Estado –el universo ético–.

*Hic Rhodus, hic saltus*. [Esto es Rodas, ¡salta aquí!]<sup>13</sup>

¿Y qué es el Estado? Hegel responde:

«**El Estado es la realización de la libertad concreta**. Ahora bien, la libertad concreta consiste en que la persona individual y sus intereses particulares puedan encontrar su *desarrollo* total y el *reconocimiento de su derecho* para sí (en el sistema de la familia y de la sociedad civil), a la vez que los individuos y sus intereses pasan a formar parte del interés general y reconocen a éste consciente y voluntariamente como su propio *espíritu sustancial*, actuando a favor de él como su *fin último*.»<sup>14</sup>

En este pasaje quedan enunciados todos los elementos que necesitamos conocer, por el momento, de la Filosofía del Derecho hegeliana. La obra como conjunto se divide en tres partes generales: Derecho, Moralidad y Eticidad; y ésta última, la realmente importante (porque es la esfera donde la libertad se exterioriza en instituciones objetivas), contendría para el suabo tres *momentos*: la familia, la sociedad civil<sup>15</sup> y el Estado, siendo éste *la realización de la libertad concreta*.

Esta elaboración es perfectamente coherente con la posición de clase burguesa que ostenta Hegel. El Estado moderno (pues así determina Hegel su objeto de estudio), en cuanto *forma de organización superior de la burguesía*, es garantía de la dominación capitalista, puesto que una clase, *qua* clase, sólo puede ser políticamente libre como *clase dominante*. El Estado moderno, el que trata de estudiar Hegel, garantiza esto a la burguesía: por un lado, debe permitirle la defensa y el desarrollo de sus intereses privados; pero, por otro, debe poner coto al salvajismo del egoísmo particular (el «sistema de las necesidades») y representar lo que luego llamará Engels *el capitalista colectivo ideal*.

Si hacemos esta brevísima parada en la *ciencia política* hegeliana es porque ella constituye el punto de partida para el Marx de 1843:

«Mi primer trabajo, emprendido para resolver las dudas que me asaltaban, fue una revisión crítica de la filosofía hegeliana del derecho, trabajo cuya

<sup>13</sup> HEGEL: *Fundamentos de la Filosofía del Derecho...*, p. 19.

<sup>14</sup> *Ibidem*, p. 259 (la negrita es nuestra –N. de la R.).

<sup>15</sup> La *bürgerliche Gesellschaft* del idioma germano, que también puede traducirse por *sociedad burguesa*.



introducción vio la luz en 1844 en los *Deutsch-Französische Jahrbücher*, que se publicaban en París.»<sup>16</sup>

La introducción que menciona Marx, al haber sido publicada, es bastante conocida. Ahondaremos en ella en nuestro próximo artículo contra la teoría feminista, ya que ofrece los elementos fundamentales del universalismo marxista. No obstante, el grueso de esta «revisión crítica» quedó en estado de borrador y es un texto mucho menos conocido. En él Marx se esfuerza por demostrar, aún muy influido por el materialismo de Feuerbach, que la filosofía hegeliana presenta una visión invertida de las relaciones reales, haciendo del mundo material una exteriorización u objetivación del Espíritu, y por tanto reduciendo la historia real a meras realizaciones de la Idea. Por su posición materialista, Marx no puede aceptar esta ontología idealista; por su experiencia política como burgués liberal en reaccionario territorio prusiano, no puede admitir que el Estado sea el terreno de la libertad concreta. Ha visto cómo caía la represión policiaca sobre él y sus compañeros cuando su labor crítica todavía se movía en los parámetros del hegelianismo político. Pero también ha tomado contacto con las doctrinas comunistas de la clase obrera, que proclaman, aunque toscamente, la subversión completa del moderno orden social. Pero ¿cuál es la concepción materialista que Marx tiene de este orden social? Citemos algunos pasajes elocuentes:

«La Idea se convierte en sujeto y la relación *real* entre familia y sociedad burguesa con el Estado es concebida [por Hegel] como la *imaginaria* actividad *oculta* de ambas. Familia y sociedad burguesa son los presupuestos del Estado; propiamente son ellas las activas, pero la especulación invierte la situación.»

«El Estado político no puede existir sin la base natural de la familia y la base artificial de la sociedad burguesa, sus condiciones *sine qua non*.»

«La realidad es que el Estado procede de la masa, tal como ésta existe formando parte de la familia y la sociedad burguesa.»<sup>17</sup>

Aquí ya vemos a *qué herencia no renuncia* Marx. Su inversión materialista de la *ciencia política* de Hegel deja en pie, sin embargo, la tríada conceptual que él atribuye a la esfera de la eticidad: familia, sociedad civil/burguesa y Estado. Las dos primeras, familia y sociedad civil, son los elementos *activos*; el tercero, el Estado, es una segregación suya, la excrecencia *pasiva* de *las relaciones reales*. ¿No va iluminándose, así, el sentido del pasaje engelsiano que citábamos al inicio de este epígrafe?

Podría pensarse, de todos modos, que esta disposición conceptual es un resabio hegeliano del joven Marx. Veremos que no es el caso. Un par de años después, Marx y Engels siguen moviéndose en estas coordenadas conceptuales en *La ideología alemana*:

«La forma de intercambio condicionada por las fuerzas de producción existentes en todas las fases históricas anteriores y que, a su vez, las condiciona es la *sociedad civil* [*bürgerliche Gesellschaft*], que, como se desprende de lo anteriormente expuesto, tiene como premisa y como fundamento la familia simple y la familia compuesta, lo que suele llamarse

<sup>16</sup> Prólogo de la Contribución a la crítica de la economía política; en MARX, ENGELS: *O.E.*, p. 517.

<sup>17</sup> Los tres fragmentos son de la *Crítica de la filosofía del Estado de Hegel*; en MARX, K.; ENGELS, F. *Obras de Marx y Engels (O.M.E.)*. Crítica. Barcelona, 1978, pp. 7-9.

tribu, y cuya naturaleza queda precisada en páginas anteriores. Ya ello revela que esta sociedad civil es el verdadero hogar y escenario de toda la historia y cuán absurda resulta la concepción histórica anterior que, haciendo caso omiso de las relaciones reales, sólo mira, con su limitación, a las acciones resonantes de los jefes y del Estado. La sociedad civil abarca todo el intercambio material de los individuos, en una determinada fase de desarrollo de las fuerzas productivas. (...) La sociedad civil en cuanto tal sólo se desarrolla con la burguesía; sin embargo, la organización social que se desarrolla directamente basándose en la producción y el intercambio, y que forma en todas las épocas la base del Estado y de toda otra supraestructura idealista, se ha designado siempre, invariablemente, con el mismo nombre.»<sup>18</sup>

Vemos en este pasaje que, para 1846, ya está formulada en sus lineamientos generales la concepción materialista de la historia. Desde el manuscrito de 1843 se ha producido un decisivo paso adelante, mediado por el estudio de la economía política: ahora sí se afirma con claridad que la sociedad civil «es el verdadero hogar y escenario de toda la historia». Y, como es célebre, Marx resumirá su punto de vista en 1859 diciendo que «la anatomía de la sociedad civil hay que buscarla en la Economía Política»<sup>19</sup>. Esta metáfora orgánica (anatómica) complementa perfectamente los habitualmente malentendidos conceptos de estructura y superestructura. Estos conceptos no deberían remitirnos visualmente a una construcción vertical, como si una *falsa* cubierta velara o escondiera unos *verdaderos* cimientos; se trata más bien de la construcción tridimensional que permite intuir, en viendo la piel del cuerpo humano, la *invisible* y compleja estructura interna del mismo, constituida por un esqueleto, un sistema circulatorio, un sistema nervioso, el tejido muscular, etc. En *El capital* Marx utiliza incluso otra metáfora orgánica, esta vez vegetal:

«Propiamente no se trata aquí del grado de desarrollo más elevado o más bajo de los antagonismos sociales que brotan de las leyes naturales de la producción capitalista. Se trata de esas leyes mismas, de esas tendencias que actúan y se imponen con necesidad de bronce.»<sup>20</sup>

Este *brotar* señala aquí algo que nos interesa retener, y sobre lo que abundaremos después: los «antagonismos sociales», estén en uno u otro grado de desarrollo, son otra forma de denominar a la lucha de clases; **Marx explicita claramente que *El capital* no tiene por objeto esta lucha de clases como tal**, sino «las leyes naturales de la producción capitalista», o como dice poco después, «la ley económica de movimiento de la sociedad moderna». Esta ley no trata de la lucha de clases: es, en todo caso, su **condición de posibilidad**. *El capital* sólo «trata de personas en la medida en que son personificación de categorías económicas, portadores de determinadas relaciones e intereses de clase»<sup>21</sup>; es decir, aquí se trata de las clases en cuanto *objetos* económicos, no como *sujetos* políticos.<sup>22</sup> Dicho de otro modo: las leyes económicas del modo de producción capitalista

<sup>18</sup> MARX, ENGELS: *La ideología alemana*, p. 38.

<sup>19</sup> *Prólogo a la Contribución...*, p. 517.

<sup>20</sup> MARX: *El capital*; en *O.M.E.*, tomo 41, p. 6.

<sup>21</sup> *Ibidem*, p. 8.

<sup>22</sup> La diferencia cualitativa de las clases según se las estudie como objetos o como sujetos salta a la vista en la propia obra de Marx: compárese la densidad y frialdad científica de *El capital* con, por ejemplo, la viveza y el estilo burbujeante de textos como *Las luchas de clases en Francia de 1848 a 1850*, donde las clases aparecen como sujetos volitivos, portadores de planes, ideas, prejuicios y su particular historia vital.

presuponen e implican cierta distribución de los medios de producción y cierta división social del trabajo; esto crea grandes grupos sociales cuya situación e intereses objetivos les empujan a luchar por metas comunes; las metas comunes se articulan como programas y configuran *partidos*; estos partidos luchan entre sí en la sociedad civil, *verdadero hogar y escenario de toda la historia*; los resultados de esta lucha de clases quedan constantemente grabados en y a través del Estado.

Todo este aparente rodeo era necesario para explicitar el vínculo interno que hay entre la propiedad privada y la sociedad civil. Dicho formulísticamente, la propiedad privada es el motor de la sociedad civil; o, si se quiere, la sociedad civil es el escenario de los antagonismos sociales que brotan de la propiedad privada –hoy, en su forma específicamente capitalista.<sup>23</sup> Otra analogía: las relaciones capitalistas de propiedad son a la sociedad civil lo que el código genético es al fenotipo.

Con esto volvemos tanto a la Filosofía del Derecho de Hegel como al engelsiano título de este segundo epígrafe: donde el primero articula la eticidad en los momentos de **la familia, la sociedad civil y el Estado**, el segundo reproduce conceptualmente esta tríada como **familia, propiedad privada y Estado**. En efecto, el título de la famosa obra de Engels (*El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*) está lejos de ser casual: vemos que hay un orden conceptual implícito que hunde sus raíces en los estudios de Marx desde 40 años antes de la publicación de *El origen*; y que tal orden conceptual puede rastrearse, en su forma idealista, otras dos décadas, hasta la publicación hegeliana que hemos comentado.<sup>24</sup>

Esta tríada es conceptualmente tan imprescindible para Marx que, cuando extracta la obra de Morgan (¡hacia 1880!), *Ancient Society*, reorganiza las partes del libro original. En éste, después de una primera parte dedicada a la inteligencia, Morgan sitúa, en este orden, el Gobierno, la Familia y la Propiedad; pues bien, Marx reubica sus extractos del libro y los adecúa al orden hegeliano: tras unas pocas páginas dedicadas a la inteligencia, sitúa, en esta sucesión, sus apuntes de la Familia, la Propiedad y el Gobierno.<sup>25</sup> Esta variación, aparentemente anodina, no hace sino confirmar dos cosas, que luego revelarán su importancia: primero, que durante casi cuatro décadas Marx mantiene el mismo orden conceptual como premisa para comprender las formaciones sociales en general, y la capitalista en particular; segundo, que el título de la obra de Engels (así como el polémico pasaje que antes hemos citado en extensión) se limita a hacerse eco del marco conceptual que ambos amigos compartían y que habían heredado de Hegel, aun en una versión materialista.

---

<sup>23</sup> «Por lo demás, división del trabajo y propiedad privada son términos idénticos: uno de ellos dice, referido a la esclavitud, lo mismo que el otro, referido al producto de ésta.» MARX, ENGELS: *La ideología alemana*, p. 34.

<sup>24</sup> Y, si queremos, podemos ir todavía más lejos, unos dos milenios atrás: la *Política* de Aristóteles comienza analizando los tres elementos de la *polis*: la familia, la aldea –reunión de familias– y la ciudad. Pero no es el lugar para explicar aquí las semejanzas y diferencias entre los conceptos aristotélicos (que hablan de otro modo de producción) y los hegelianos y marxistas, que se refieren específicamente a la sociedad moderna.

<sup>25</sup> MARX, K. *Los apuntes etnológicos*. Editorial Pablo Iglesias/Siglo XXI. Madrid, 1988, p. 59. Lawrence Krader señala esta reorganización, pero no parece extraer de ella nada significativo. Lise Vogel, en *Marxism and the oppression of women*, también señala esta reordenación sin tampoco sacar de ella nada en claro, seguramente por no estar familiarizada con la filosofía hegeliana ni la crítica de Marx a la misma. Más adelante veremos las implicaciones teóricas de este desconocimiento, y las construcciones arbitrarias con las que se intenta solventar.

### 3. El concepto feminista de reproducción social

#### 3. 1. Producción y reproducción

Una vez aclaradas en lo esencial las relaciones conceptuales entre la familia, la sociedad civil o burguesa y el Estado, debemos arrojar algo de luz sobre los conceptos de *producción* y *reproducción*. El traicionero lenguaje coloquial –que iguala llanamente «reproducción» y «procreación»– y los particulares intereses del feminismo –que, de una u otra forma, siempre ha querido crear una *cuestión de género* independiente de la *cuestión social*– han cubierto estas categorías de un velo de confusión. Cuando Marx y Engels usan a lo largo de su obra los conceptos de producción y reproducción –*Produktion* y *Reproduktion*– lo hacen en un sentido específicamente *teórico*, filosófico si se quiere. No se mueven en el nivel del lenguaje coloquial, ni tienen en mente, por supuesto, teorías feministas que sólo nacerían el siglo siguiente.

No nos queda otra que volver a Hegel, de nuevo, fuente inmediata del diccionario conceptual de los padres del marxismo. Citaremos sólo un par de párrafos de su *Enciclopedia*, ilustrativos respecto del tema que nos ocupa:

#### § 365

«(...) La negación [«de su actividad dirigida hacia fuera», i. e., su «regreso a sí»] tiene la doble determinación de que el organismo, por una parte, excluye de su propio círculo su actividad que ha entrado en conflicto con la exterioridad del OBJETO y, por otro lado, en tanto *para sí*, ha devenido inmediatamente idéntico con esta actividad, se ha reproducido en este medio. El proceso dirigido hacia fuera se ha transformado de este modo en el primer proceso formal de la simple reproducción desde sí mismo, en el concluirse consigo.»

#### §366

«(...) **Esta producción de sí es, de esta manera, autoconservación o reproducción (...).**»<sup>26</sup>

Hegel está aquí hablando de la digestión del organismo animal; de cómo el apropiarse de un objeto externo, el alimento, no es la mera producción de un medio exterior al individuo, sino que esta actividad retorna a él mismo como producción de sí, es decir, como su propia *reproducción*. Si en el lenguaje coloquial –al menos en las lenguas latinas y el inglés– «reproducción» designa a la procreación, en el lenguaje filosófico germano la *Reproduktion* se refiere particularmente a la *conservación* o *reposición* de algo que ya existe, sea un individuo o un modo de producción.

Anotamos de pasada que una lectura teóricamente rigurosa de *El origen* lleva a la siguiente revelación etimológica, contraintuitiva para cualquier chovinista lingüístico: en el original alemán, *Reproduktion* se usa sólo en este específico sentido filosófico; para designar a la procreación, Engels usa el vocablo *Kinderzeugung* o *Erzeugung*. Así, por ejemplo, en el famoso paso donde habla de la *derrota histórica del sexo femenino*, que convierte a la mujer en *instrumento de reproducción*, según la traducción

---

<sup>26</sup> HEGEL, G. W. F. *Enciclopedia de las ciencias filosóficas*. Abada. Madrid, 2017, pp. 647-649.

corriente. Como vemos, esta traducción de *Kinderzeugung* como «reproducción», que sería más precisa como *procreación* o *engendramiento*, es una de las causas de la confusión conceptual que han provocado éste y otros pasajes.

En Marx, particularmente en *El capital*, el concepto de reproducción aplica fundamentalmente en dos niveles: el cuantitativo y el cualitativo. Desde el punto de vista cuantitativo, Marx analiza cómo el *trabajo necesario* se encarga de reponer el valor de la propia fuerza de trabajo empleada en la producción; es decir, del trabajo necesario depende la autoconservación del obrero. Esta autoconservación no se hace de manera inmediata, como en el caso del animal, sino mediante un rodeo: el valor de la fuerza de trabajo se paga en salario, y el salario permite adquirir en el mercado los medios de vida que aseguran la reproducción fisiológica y la producción biológica del proletario, su *autoconservación* como individuo vivo portador de cierta capacidad de trabajo y la de su estirpe. Pero el modo de producción capitalista no sólo debe reproducir cuantitativamente el valor necesario para reproducir físicamente a los obreros; su propio movimiento, el proceso de producción, también *reproduce* las condiciones **cualitativas** de su existencia, su presupuesto, a saber: **la constante separación entre los medios de producción y el trabajo**, esto es, la renovada desposesión y falta de control de los obreros sobre el proceso de trabajo y, en general, sobre el proceso de producción social.

«Considerado en una conexión constante y en el flujo permanente de su renovación, todo proceso social de producción es, por lo tanto, al mismo tiempo, proceso de reproducción.

Las condiciones de la producción son al mismo tiempo las condiciones de la reproducción.»<sup>27</sup>

Como en toda verdadera dialéctica, los contrarios son idénticos y están interpenetrados: se presuponen mutuamente, se codeterminan y se truecan el uno en el otro. Para producir plusvalía, esto es, un nuevo valor excedente, hay que reproducir primero, reponer, el valor que consume la propia fuerza productiva que es la fuerza de trabajo; y para reproducir esta fuerza de trabajo hay que haber producido los medios de vida que ella consume. Para reproducir a la raza del trabajo hay que producir descendencia, o sea, nuevos obreros; pero para que nuevos obreros puedan nacer, los anteriores deben ser capaces de autoconservarse, es decir, de reproducir su existencia individual.

### 3. 2. Lise Vogel y la «reproducción social»

El breve repaso anterior era imprescindible para poder elaborar la crítica del feminismo de la reproducción social. Esta tradición intelectual suele considerarse fundada hace 40 años, en 1983, cuando Lise Vogel publica *Marxism and the Opression of Women. Toward a Unitary Theory*. Vogel, por su parte, representa el típico perfil de las teóricas feministas: es *otra* profesora universitaria (doctorada en Historia del Arte y en Sociología) que junta sus actividades académicas con su *activismo social*.<sup>28</sup> Militó en el

<sup>27</sup> *El capital*; O.M.E., tomo 41, p. 207.

<sup>28</sup> Este perfil es agotadoramente frecuente. De Kate Millett (cuya *Política sexual* es una tesis doctoral) a Judith Butler, de Lise Vogel a Angela Davis, de Nancy Fraser a feministas de la reproducción social como Susan Ferguson, Tithi Bhattacharya o Cinzia Arruzza, la práctica totalidad de las teóricas feministas que han tenido algún

Student Nonviolent Coordinating Committee<sup>29</sup> (SNCC) y, por tanto, conoció de cerca la atmósfera en que se gestaron los intentos de conciliar teóricamente el feminismo de la segunda ola y el vago *socialismo* –no siempre marxista– que dominaba el activismo *yanki*. Disconforme con estas soluciones *duales*, como las bautizó Iris Young, trató de explicar los fundamentos de la opresión de la mujer en la moderna sociedad burguesa basándose directamente en *El capital* de Marx.

Vogel comienza su obra con una franca declaración de intenciones, en la que, de paso, confiesa también los presupuestos teóricos y políticos de los que parte:

«Este libro constituye un argumento *en favor* de la capacidad del marxismo para analizar las cuestiones que enfrentan hoy las mujeres en su lucha por la liberación. El libro rechaza con fuerza, no obstante, la suposición hecha por muchos socialistas de que la tradición del marxismo clásico lega un análisis más o menos completo del problema de la opresión de la mujer. En este sentido, podría llamarse un trabajo socialista-feminista (...) [Pero] el texto argumenta que la tradición socialista es profundamente defectuosa, que nunca ha abordado adecuadamente la cuestión de la mujer (...).»<sup>30</sup>

Vogel insiste en que cree que el marxismo puede explicar la opresión de la mujer, *pero* parte del prejuicio feminista por antonomasia: la concepción del mundo del proletariado alberga el *pecado original*, desde sus inicios, de ser «profundamente defectuoso» e *incompleto* en lo que se refiere a la cuestión de la mujer. Esto, naturalmente, nunca se demuestra ni se ha demostrado pormenorizadamente. Es una verdad axiomática, verdaderamente *metafísica*, un *a priori* mental independiente de cualquier experiencia. Y se arguye como falacia de petición de principio: *el feminismo es la lucha contra la opresión de la mujer; el marxismo que no sea feminista, que no abrace sus certezas y sus conceptos, no podrá luchar contra la opresión de la mujer*. Por lo tanto, como el marxismo del Ciclo de Octubre es simplemente anterior a las certezas y los conceptos específicamente feministas, es inevitablemente *defectuoso*.<sup>31</sup>

impacto serio en el último medio siglo han sido académicas cuyo activismo no ha entrado nunca en seria contradicción con su puesto de trabajo como *productoras de ideas* burguesas. Esto no puede ser sorprendente para quien tenga en mente algo que antes comentábamos: estos perfiles son, precisamente, los encargados de sacar adelante la *producción espiritual de la burguesía*. El tufillo universitario (todo un *aroma de clase*) hiede en el primer párrafo que uno lea de estas autoras. Es evidente que no era gratuito empezar este artículo refrescando algunas verdades contenidas en *La ideología alemana*, puesto que el grueso de la vanguardia parece inmune a este tufo de la ideología burguesa, y está dispuesto no sólo a tener en consideración las ideas de la clase dominante con aséptica neutralidad, sino también a inspirarse en ellas con ridícula indiferencia. Compárense, por un momento, estos perfiles de cuadros de la burguesía con el de un Abimael Guzmán, cuadro del proletariado revolucionario: éste no desarrolló su militancia como extensión de su labor académica, ni su labor académica como extensión de su *activismo*; Abimael Guzmán utilizaba su puesto de trabajo como pantalla del *trabajo legal* que hacía como *militante ilegal* de la revolución proletaria en el Perú.

<sup>29</sup> Este SNCC ya apareció en *Oportunismo y feminismo: breve historia de un matrimonio contrarrevolucionario*; en LÍNEA PROLETARIA, nº 5, diciembre de 2020, p. 61 y ss.

<sup>30</sup> VOGEL, L. *Marxism and the oppression of women. Toward a Unitary Theory*. Brill. Boston, 2013, p. 2 (la traducción, como la de todas las fuentes originales en inglés, es nuestra –N. de la R.).

<sup>31</sup> Este argumento está casi literalmente en la obra de Shulamith Firestone: el marxismo falló en su empresa emancipadora respecto de las mujeres... porque ella

De la tradición teórica del socialismo, Vogel afirma:

«Tres grandes hilos han dominado el trabajo teórico sobre la así llamada cuestión de la mujer: la familia, el trabajo femenino y la igualdad de la mujer. La teoría socialista ha sido incapaz, sin embargo, de hilar estos hilos en una perspectiva coherente sobre el problema de la liberación femenina.»<sup>32</sup>

Vogel se da de bruces con la respuesta a sus interrogantes, pero su falta de familiaridad con la tradición socialista y comunista, particularmente con la marxista, le impide procesarla. Se lamenta de que la cuestión femenina haya sido entendida en términos de familia, trabajo femenino (sociedad civil, economía política) e igualdad de derechos (política, Estado), y denuncia que estos hilos nunca hayan sido trenzados. ¡Pero están trenzados desde Hegel! Y, como hemos visto, también están trenzados por Marx y Engels de manera materialista: familia, sociedad civil (cuyo núcleo son las relaciones de producción, es decir, capital y trabajo) y Estado son los tres *momentos* de las formaciones sociales capitalistas, sus tres elementos constitutivos fundamentales. Si la tradición socialista ha pensado, pues, la emancipación de la mujer en términos de la superación de la familia y eliminación del embrutecedor trabajo doméstico, de incorporación de la mujer a la producción social y de igualdad de derechos ante la ley entre hombres y mujeres... ha atendido, literalmente, a la totalidad de los elementos *fundamentales* que constituyen las formaciones sociales capitalistas.<sup>33</sup>

---

aún no había escrito su libro. Recordemos que, antes de la década de 1960, el feminismo no había salido seriamente de la tradición liberal en el plano teórico. Si exceptuamos el existencialismo de Simone de Beauvoir –liberal en su fondo, aunque algo novedoso en su forma–, la teoría feminista de la segunda ola queda prácticamente inaugurada con la *Política sexual* de Kate Millett.

<sup>32</sup> VOGEL: *Marxism...*, p. 35.

<sup>33</sup> Es evidente que Vogel está pensando, como marcaba y marca el canon de la época, en la ausencia de reflexiones en los clásicos del marxismo sobre problemas psicológicos y culturales derivados de las relaciones materiales, desde el «género» mismo como conjunto de «roles sociales» a los prejuicios machistas, pasando por las *actitudes* y otras formas de lo que hoy se llaman *micromachismos*. Que una teoría materialista del mundo –que considera, en general, la conciencia como reflejo de relaciones reales– no puede empezar ni centrar su análisis en las ideas que portan los individuos debería ser evidente. Que estos prejuicios son y deben ser teórica y prácticamente desalojados a medida que la concepción proletaria del mundo se despliega en forma de relaciones sociales (Partido, Nuevo Poder, Guerra Popular, Revoluciones Culturales), también. Las preocupaciones típicamente *psicologistas* de buena parte del feminismo son la consecuencia natural de un movimiento –el femenino burgués– que presupone y no cuestiona realmente las relaciones reales. Más bien, al revés: al haberse desarrollado las *relaciones capitalistas* hasta el punto de reducir al mínimo histórico las diferencias sociales entre los sexos (tanto que, como producto espontáneo de esta reducción, la frontera *subjetiva* entre ambos resulta franqueable en ambas direcciones), las preocupaciones psicologistas o culturales del feminismo sólo son un resorte que brega por el *acompañamiento* de la superestructura ideológica con la estructura económica: el feminismo, como en general toda forma de progresismo político, se esmera en que la sociedad burguesa se reconozca a sí misma sus propios *progresos*, esto es, que trasponga en su conciencia colectiva, en el reino del espíritu, las relaciones materiales por ella misma producidas. Sobre este problema volveremos *in extenso* en nuestro próximo artículo contra el feminismo: para analizar seriamente estas *ideas*, antes debíamos, y en ello estamos, analizar las *relaciones reales* de las que son mera expresión en la conciencia.

Pero como adelantábamos al principio, Vogel detecta el defecto fundamental en la formulación engelsiana que antes citábamos. Ve en ella el comienzo de todos los males: el fragmento inauguraría nada más y nada menos que las «teorías del sistema dual». Vamos a reproducir de nuevo el paso del prólogo de Engels a *El origen* para luego ver el comentario que hace Vogel al respecto.

«Según la teoría materialista, el factor decisivo en la historia es, en fin de cuentas, la producción y reproducción de la vida inmediata. Pero esta producción y reproducción son de dos clases. De una parte, la producción de medios de existencia, de productos alimenticios, de ropa, de vivienda y de los instrumentos que para producir todo eso se necesitan; de otra parte, la producción del hombre mismo, la continuación de la especie. El orden social en que viven los hombres en una época o en un país dados, está condicionado por especies de producción: por el grado desarrollo del trabajo, de una parte, y de la familia, de la otra. Cuanto menos desarrollado está el trabajo, más restringida es la cantidad de sus productos y, por consiguiente, la riqueza de la sociedad, con tanta mayor fuerza se manifiesta la influencia dominante de los lazos de parentesco sobre el régimen social.»<sup>34</sup>

De este párrafo Vogel afirma que «[l]os comentarios en el prefacio en relación al doble carácter de la producción hacen estas dualidades explícitas»<sup>35</sup>. ¿Qué dualidades? Las que, según Vogel, emanan de «los paralelos entre la opresión sexual y la de clase», que en Engels estarían «latentes»<sup>36</sup>, como

«familia y sociedad, trabajo doméstico y producción pública, producción de seres humanos y producción de medios de existencia, derechos iguales entre los sexos e igualdad legal de las clases.»<sup>37</sup>

De nuevo, podemos observar cómo la desorientación de Vogel procede tanto de su propia ignorancia como sus anteojeas feministas. Las «dualidades» que nos presenta son, de nuevo, perfectamente explicables desde las relaciones que hay entre la familia (trabajo doméstico, producción de seres humanos), la sociedad burguesa (producción pública, producción de medios de existencia) y el Estado (igualdad de derechos entre todos los individuos).

Lo que asombra a Vogel, y le resulta incomprensible por su estrecho economicismo, es que la familia quede conceptualmente fuera del análisis teórico del modo de producción capitalista. Expresa esta inconformidad de dos maneras. Primero, dice que las feministas socialistas

«siguen siendo generalmente incapaces de situar teóricamente la opresión de la mujer en términos de modo de producción y clase.»<sup>38</sup>

Pero esto no sería enteramente culpa suya, sino resultado de otro defecto originario del marxismo, éste provocado por el propio Marx *himself*:

---

<sup>34</sup> ENGELS: *El origen...*, p. 204.

<sup>35</sup> VOGEL: *Marxism...*, p. 136.

<sup>36</sup> *Ibidem*, p. 108.

<sup>37</sup> *Ibid.*

<sup>38</sup> *Ibid.*, p. 140.



«Marx apenas menciona el trabajo doméstico no remunerado que se lleva a cabo como parte de las tareas que resultan en la reproducción del trabajador, y no le asigna un estatus teórico claro.»<sup>39</sup>

Si el lector ha prestado atención al conjunto de nuestra exposición, quizá haya levantado una ceja en signo de alerta. «Situación teóricamente la opresión de la mujer en términos de modo de producción»... ¿tiene esto algún sentido? Antes tratábamos de demostrar, citando al propio autor de *El capital*, que el propósito confeso de esta obra no era estudiar la sociedad en general, ni la vida social en su totalidad, ni... sino descubrir «las leyes naturales de la producción capitalista», «la ley económica de movimiento de la sociedad moderna», y hablar de «personas [sólo] en la medida en que son personificación de categorías económicas, portadores de determinadas relaciones e intereses de clase». Pero las categorías económicas que expresan las relaciones de producción capitalistas no tienen sexo (ni género). La manida acusación feminista al marxismo, a saber, que éste sería «ciego al género», contiene algo de verdad. ¡Es el modo de producción capitalista el que es ciego al género! Es por ello que Marx no necesita, en absoluto, referirse específicamente a las *mujeres* o a los *hombres* para descubrir esas leyes naturales de la producción capitalista. De hecho, cuando hombres y mujeres aparecen en las páginas de *El capital* en cuanto seres sexuados, sólo es para ilustrar cómo el capital absorbe trabajo humano de manera *indiferenciada, independientemente* de la condición del portador de fuerza de trabajo.<sup>40</sup> Y es que es precisamente **esta ceguera sexual del capital un factor de progreso histórico**, y el fundamento material tanto del horizonte de emancipación de la mujer como de la tendencia a la **disolución de la familia**.

En términos muy similares a los que usa Engels en el discutido prefacio a *El origen* o Marx en su crítica a la filosofía del derecho de Hegel, *La ideología alemana* estatuye:

«La producción de la vida, tanto de la propia en el trabajo, como de la ajena en la procreación, se manifiesta inmediatamente como una doble relación –de una parte, como una relación natural, y de otra como una relación social– (...).»<sup>41</sup>

Pero, para ilustrar nuestro argumento, aún más interesante resulta un pasaje posterior del mismo libro, suponemos que relativamente desconocido porque queda fuera del archiconocido primer capítulo. En él, Marx y Engels dicen que «la existencia de la familia está impuesta como una necesidad por su entronque con el modo de producción»<sup>42</sup>. ¡Entronque! El vocablo elegido para la traducción es expresivo; el original alemán, quizá más: *Zusammenhang*. Este término significa, literalmente, relación, conexión,

<sup>39</sup> *Ibíd.*, p. 72.

<sup>40</sup> Esto, por descontado, es coherente con la naturaleza (abstracta) del trabajo que valoriza el capital. Si el capital se nutre de trabajo indiferenciado, de pura fuerza de trabajo *in actu*, tenderá naturalmente a igualar a la baja (hacia el nivel del competidor más barato del mercado de trabajo), si factores de orden *político* no se lo impiden, el valor de toda la fuerza de trabajo. Con la crisis de la Revolución Proletaria Mundial y la propia crisis capitalista, éste es el proceso que lleva teniendo lugar durante el último medio siglo. Así se explica el declive de la aristocracia obrera, la deslocalización industrial, los flujos migratorios, la incorporación masiva de mano de obra femenina, el surgimiento del feminismo de la segunda ola, el declive demográfico de occidente, etc.

<sup>41</sup> MARX, ENGELS: *La ideología alemana*, p. 30.

<sup>42</sup> *Ibíd.*, p. 208.

nexo, etc. El vínculo interno que une dos cosas. Si la familia está entroncada o conectada con el modo de producción, es que no puede explicarse simplemente a partir de las leyes del mismo, sino en su *relación* con tal modo de producción. ¡Y esto es lo que adelantaba Engels en el ya célebre párrafo! En él nos decía, precisamente, que «[c]uanto menos desarrollado está el trabajo, más restringida es la cantidad de sus productos y, por consiguiente, la riqueza de la sociedad, con tanta mayor fuerza se manifiesta la influencia dominante de los lazos de parentesco sobre el régimen social». Engels establece una relación entre ambos momentos, una relación proporcionalmente inversa. Pero la cita continúa muy explícitamente:

«Mientras tanto, en el marco de este desmembramiento de la sociedad basada en los lazos de parentesco, la productividad aumenta sin cesar, y con ella se desarrollan la propiedad privada y el cambio, la diferencia de fortuna, la posibilidad de emplear fuerza de trabajo ajena y, con ello, la base de los antagonismos de clase (...) se trata de una sociedad en la que el régimen familiar está completamente sometido a las relaciones de propiedad y en la que se desarrollan libremente las contradicciones de clase y la lucha de clases, que constituyen el contenido de toda la historia *escrita* hasta nuestros días.»<sup>43</sup>

Lo que hace Engels a lo largo del fragmento completo es una panorámica general del paso de las sociedades sin clases a las sociedades con clases y Estado. Y ahí establece, como decíamos, la *relación general* que hay entre un determinado régimen familiar y el modo de producción de una formación económica dada: la dependencia. Mientras los lazos de parentesco articulan la totalidad de la vida de una comunidad, aquellos ocupan un lugar principal; cuando las fuerzas productivas determinan una diferenciación de los individuos de la comunidad y estos terminan agrupándose en clases, disolviendo la previa comunidad, es la producción y reproducción de los medios de existencia la que ocupa el lugar decisivo.<sup>44</sup> El modo de producción capitalista, que es la última formación económica que presupone la división en clases, lleva esta relación inversamente proporcional a su máxima expresión: de nuevo, de ahí la tendencia moderna a la disolución de la familia.<sup>45</sup> En efecto, la familia bajo las condiciones capitalistas de producción está reducida a su mínimo posible: la reproducción de la fuerza de trabajo mediante la autoconservación de los individuos que la portan, y la producción (procreación) de nueva fuerza de trabajo *nativa* en la baja tasa que, al menos en occidente, demanda el mercado. Con el modo de producción capitalista, la familia ha sido

---

<sup>43</sup> ENGELS: *El origen...*, p. 204.

<sup>44</sup> Este proceso de producción y reproducción de la comunidad como unidad indiferenciada y su disolución con el desarrollo de las fuerzas productivas está estudiado en las *Formen* de Marx.

<sup>45</sup> Todos los lloriqueos retrógrados de la izquierda burguesa conservadora, los socialfascistas y los revisionistas sobre la crisis de la familia sólo revelan una cosa: que la proletarización de la aristocracia obrera occidental está revirtiendo esa realidad circunstancial que era el Estado de Bienestar, uno de cuyos pilares era asegurar una *vida familiar* aburguesada al obrero manso. En efecto, si la etapa imperialista implica de suyo la integración de la pequeña aristocracia obrera en el cuadro de mando del Estado –y, en consecuencia, el otorgamiento de determinadas prebendas vía *redistributiva*–, el Estado de Bienestar hizo temporalmente extensivo ese *pacto* a más amplias masas de la clase obrera, extensión que viene siendo revertida durante las últimas décadas y que es la base económica de la política del oportunismo *radicalizado*. ¡Rabia de *nuevos ricos* que quieren seguir siéndolo!

definitivamente despojada de cualesquiera funciones económicas que tuviera en el pasado.

Por eso, si Marx no asigna al trabajo doméstico ningún «estatus teórico» en *El capital* es, sencillamente, porque no puede. El trabajo doméstico moderno –consista en la prolija elaboración de alimentos frescos, lavado y planchado diario de la ropa, etc. o se reduzca a recalentar comida en el microondas y poner una lavadora a la semana– no es trabajo productivo (no produce valor), no se presenta bajo la forma-mercancía (no se intercambian sus productos), ni está en general sometido al modo de producción capitalista, por lo que no ocupa ningún lugar en sus «leyes naturales».

«Una cosa puede ser útil y producto de trabajo humano sin ser mercancía. El que satisface su propia necesidad mediante su producto crea sin duda valor de uso, pero no mercancía. Para producir mercancía no basta con que produzca valor de uso, sino que tiene que producir valor de uso para otros, valor de uso social. {Y no sólo para otros sin más. El campesino medieval producía para el señor feudal el trigo de su prestación obligada, y para el cura el trigo del diezmo. Pero ni uno ni otro se convertían en mercancías por el mero hecho de ser producidos para otros. Para convertirse en mercancía el producto tiene que ser transferido mediante intercambio al otro que lo utiliza como valor de uso.}»<sup>46</sup>

El texto entre llaves es una adición de Engels a la cuarta edición de *El capital*. A pie de página, puntualiza que lo inserta «porque por prescindir de ello se ha producido a menudo la confusión de que Marx considera mercancía todo producto consumido por alguien que no sea el productor»<sup>47</sup>. Como se ve, tras esta aclaración no cabe ningún debate sobre si el trabajo doméstico crea valor. ¡Y vaya si el feminismo se entretuvo dando vueltas sobre esto! Sea como sea, Vogel no llega al extremo del feminismo autónomo italiano. Sostiene que el trabajo doméstico no es productor de valor. Pero yerra al paso siguiente.

Antes decíamos que el concepto de reproducción es usado por Marx en varios sentidos; en el aspecto cuantitativo, se refiere al *trabajo necesario*<sup>48</sup> para reproducir el valor de la propia fuerza de trabajo, esto es, el conjunto de los medios de consumo necesarios para reponer la fuerza de trabajo del obrero (incluida su familia, cosa que Vogel no ve claramente). Pero nuestra autora decide, y confiesa, tergiversar este concepto ampliando su radio de acción. Para ella, este *trabajo necesario* ya no tiene lugar exclusivamente como trabajo productivo, como trabajo productor de valor, sino que también se extiende al trabajo doméstico. Después de enunciar el sentido que da Marx al trabajo necesario, Vogel dice:

«Marx no identificó un segundo componente del trabajo necesario en la sociedad capitalista, al que podemos llamar el componente doméstico del trabajo necesario (o trabajo doméstico). El trabajo doméstico es la porción del trabajo necesario que es realizado fuera de la esfera de la producción capitalista. Para que tenga lugar la reproducción de la fuerza de trabajo se

---

<sup>46</sup> MARX: *El capital*, O.M.E., tomo 40, p. 49.

<sup>47</sup> *Ibidem*.

<sup>48</sup> No confundir este *trabajo necesario* con el que determina el tiempo de trabajo socialmente necesario para la producción de determinada mercancía. El propio Marx se lamenta que el lenguaje conceptual de la economía política le obligue a duplicar términos, pero distingue claramente ambos sentidos.

requiere tanto el componente doméstico como el social del trabajo necesario.»<sup>49</sup>

A estas alturas, debería estar claro por qué este requiebro de Vogel rompe completamente con la crítica de la economía política marxista. Como antes analizábamos, intenta por todos los medios introducir el carácter específico de la opresión de la mujer en la sociedad moderna en *El capital*, en su arquitectura conceptual, aunque para ello tenga que volar un par de vigas maestras. Ese *componente doméstico* del trabajo necesario del que habla Vogel cae fuera del modo de producción capitalista porque, como ella misma sabe, no produce valor, ni es intercambiado por ningún equivalente. De hecho, dado que el carácter específico del modo de producción capitalista es la producción mercantil para la valorización del valor, ese *trabajo doméstico* (en cuanto gasto de energías humanas para la reposición de los trabajadores, para su autoconservación) ya está contemplado en el salario, o los salarios, de quien sea que lleve el pan a esa casa. En otras palabras: cualquier gasto de energía humana que se haga fuera del lugar de trabajo está, por término medio, cubierto por los ingresos salariales de la raza del trabajo, en la medida en que la fuerza de trabajo consume esas energías para su reposición. Es por ello, asimismo, que el trabajo doméstico pierde toda sustantividad en la sociedad burguesa, y que, como el propio Marx señala en *El capital*, la tendencia constante sea a la adquisición de productos preelaborados industrialmente y no a la confección doméstica de los medios de existencia.

Pero como Vogel parte de una preconcepción y no de un análisis sin prejuicios, nos regala más adelante una confesión de que su operación teórica –ésta por la que decide arbitrariamente incluir el trabajo doméstico en el trabajo necesario– era una ocurrencia. Recensando su propio libro a inicios del presente milenio, con la boca pequeña y a pie de página, comenta que este carácter *dúplice* del trabajo necesario

«ahora me parece menos persuasivo. Lo que está claro, sin embargo, es que sea el trabajo doméstico conceptualizado como un componente del trabajo necesario o no, el fondo de la cuestión es que debe encontrarse alguna forma de teorizarlo dentro de la economía política marxista.»<sup>50</sup>

¡Helo ahí! Este empeño vogeliano es, en el fondo, un presupuesto metafísico. ¿Por qué *debe*? Porque la comprensión de Vogel del marxismo, como la de la mayoría de sus contemporáneos, es una reducción economicista. De las tres fuentes y tres partes integrantes del marxismo, Vogel sólo parece conocer la crítica de la economía política. Por eso, todo fenómeno histórico –como la familia– que no pueda explicarse *inmediatamente* desde las categorías del modo de producción capitalista – sino desde su relación dependencia, *exterior* a las leyes naturales del capital pero *interior* a la totalidad social– le resulta incomprensible.

Insistiremos de nuevo: el modo de producción capitalista está conectado con la familia, según Marx y Engels. Son dos entidades diferenciadas, aunque la segunda esté en una obvia relación de subordinación respecto a la primera, y siempre con un pie en su conservación *sine die* y otro en su disolución inmediata. Vogel se lamenta, en varias ocasiones, de que Marx y Engels no explicitan, a fin de cuentas, cuál es el vínculo específico entre estos dos *momentos*, por decirlo aún a la

---

<sup>49</sup> VOGEL: *Marxism...*, pp. 158-159.

<sup>50</sup> VOGEL: *Marxism...* (*Appendix*), p. 193.

manera hegeliana. La respuesta es obvia para cualquier marxista, y la adelantamos más arriba: ¡el salario!

Efectivamente, según Marx, el capitalista paga al proletario el valor de su fuerza de trabajo; y, como toda otra mercancía, su valor viene determinado por la suma de valores consumidos para su producción. A diferencia del pasaje de la *Enciclopedia* de Hegel que antes citábamos, el trabajador asalariado no puede reproducirse a sí mismo *inmediatamente*, tomando directamente del medio circundante los elementos para su autoconservación. Tanto la naturaleza universal del trabajo humano – *mediación* en el metabolismo **social** del hombre con la naturaleza– como su forma específicamente capitalista –como trabajo asalariado– le obligan a dar un rodeo. En este segundo caso, el obrero debe producir un valor equivalente al de su fuerza de trabajo (más plusvalía) para recibir ese valor en forma de salario; y con ese salario adquirirá en el mercado los medios de vida que necesita para reproducir fisiológicamente su propio ser, autoconservarse, y perpetuar biológicamente la raza de los trabajadores. Digámoslo en los términos del prefacio de Engels: en la producción y reproducción del primer tipo, económica, de lo que se trata es de producir y reproducir valor; en la producción y reproducción del segundo tipo, de lo que se trata es de la producción y reproducción bio-fisiológica de los portadores de fuerza de trabajo. Entre estos dos niveles, el del modo de producción y el de la familia, el «entronque», la *mediación*, es el **salario**, esto es, los medios de vida expresados abstractamente en forma de equivalente universal (dinero).

### 3. 3. El feminismo de la reproducción social después de Vogel

La obra de Lise Vogel no encontró demasiado eco en su día. Como ella misma admite, no llegó en un momento propicio: el *peak* del feminismo de la segunda ola había pasado ya, y la posterior investigación académica acerca del género se orientó en direcciones *posmodernas*. Como termómetro de esta falta de influencia inmediata, cabe reseñar que no nos consta ninguna traducción castellana de esta obra.

Sea como sea, el nuevo milenio ha sido más generoso con esta «feminista marxista». Se puede afirmar que su obra es la madre de toda una escuela de pensamiento académico feminista, pensamiento que encuentra la misma entusiasta acogida entre *ministras progresistas* y *activistas callejeras*. ¡Aleluya! La doctrina interclasista definitiva para el frente de la mujer por fin ha nacido.

En la obra de Vogel hay una ambivalencia que recorre todo el conjunto de su argumento: parece que su concepto de «reproducción social» oscila entre la comprensión estrictamente marxista (el proceso social de reproducción de las relaciones de producción capitalistas mediante su propio movimiento) y una más *sui generis*, asociada específicamente a la reproducción de la fuerza de trabajo. No nos interesa rastrear precisamente este problema, pues lo importante aquí es señalar que sus sucesoras han tomado decidida y explícitamente el segundo camino: identificar la «reproducción social» exclusivamente con la reproducción de la fuerza de trabajo y, por tanto, escindir explícitamente «la esfera de la producción» (que, esencialmente, operaría con *cosas*) y «la esfera de la reproducción» (que, básicamente, trata de la *vida*). ¿Han oído a alguna ministrísima española, a alguna alcaldesa del cambio o a algún tertuliano de izquierdas decir esa patochada de que *hay que poner la vida en el centro*? Pues no

busquen más: ése es el producto final, digestión mediante, de la teoría de la reproducción social de Vogel. Pero demostrémoslo.

«Las feministas de la reproducción social tienden a usar el término [reproducción social] para referirse sólo a aquellos procesos fuera de las relaciones de producción directas que son necesarios para la supervivencia del capitalismo (hablando en general, la reproducción generacional y diaria de los trabajadores).»<sup>51</sup>

Otra muestra:

«Y es justamente por el hecho de que el trabajo reproductivo social es diferente del trabajo *productivo* en el sentido capitalista, que puede resistir y resiste las presiones alienantes y degradantes que emplea el capital.»<sup>52</sup>

Así de claramente lo sintetiza Susan Ferguson, una de las más conspicuas herederas teóricas de Vogel. Titthi Bhattacharya, otra de las prominentes teóricas del feminismo de la reproducción social (adivinen su profesión... iproductora de ideolog... digo, respetable profesora universitaria!), no se queda atrás:

«La idea más importante de la teoría de la reproducción social es que el capitalismo es un sistema unitario que puede integrar con éxito, aunque de manera desigual, la esfera de la reproducción y la de la producción.»<sup>53</sup>

Como ya verá el lector por sí mismo, reducir el proceso social de reproducción<sup>54</sup> a una «esfera» extraeconómica es crujirse por entero la arquitectura conceptual de *El capital* en particular y del marxismo en general. Irónicamente, lo que empezó en Vogel siendo un intento de construir una teoría unitaria ha terminado siendo, precisamente, un dualismo de nuevo (y peor, porque dícese «marxista») tipo:

«Dicho de otro modo, la continuidad de la opresión de las mujeres a través de diferentes coyunturas históricas y lugares es así explicada por la diferenciación específicamente capitalista entre trabajo reproductivo y productivo, y su impulso a privatizar el primero.»<sup>55</sup>

---

<sup>51</sup> FERGUSON, S. *Intersectionality and Social-Reproduction Feminisms. Toward an Integrative Ontology*, p. 12

<sup>52</sup> FERGUSON, S. *Mujeres y trabajo. Feminismo, trabajo y reproducción social*. Sylone/Viento Sur. Barcelona, 2020, p. 146.

<sup>53</sup> BHATTACHARYA, T. *¿Qué es la teoría de la reproducción social?*. Consultado en: <https://marxismocritico.com/2018/09/18/que-es-la-teoria-de-la-reproduccion-social>.

<sup>54</sup> El concepto en alemán es, en efecto, «gesellschaftlichen Reproduktionsprozess», es decir, proceso social de reproducción o proceso de reproducción social. Evidentemente, el concepto es paralelo al «gesellschaftlichen Produktionsprozess», igualmente volcado al castellano, habitualmente, como proceso social de producción o proceso de producción social. Con aparentemente cierto chovinismo lingüístico (pues no hemos visto que se tenga en consideración el peaje que supone la traducción), estas feministas han reducido el denso concepto a la mera «social reproduction», convirtiendo lo que es un *proceso* paralelo, coextensivo e interpenetrado al de la producción, en una *esfera* que, por serlo, está cerrada sobre sí misma.

<sup>55</sup> FERGUSON: *Intersectionality...*, p. 13. De nuevo, las feministas no pueden concebir que el modo de producción capitalista representa también aquí un progreso histórico: la *privatización* del «trabajo reproductivo», por usar por un momento sus propios términos, no representa otra cosa que la tendencia a la socialización del trabajo doméstico que preconizara Engels. Que bajo las

Ya hemos visto que esta noción de *trabajo reproductivo*, que es un desarrollo del *componente doméstico del trabajo necesario* vogeliano, no tiene cabida en *El capital* de Marx. Lo *específicamente* capitalista es, de hecho, que el tiempo de trabajo necesario se presenta como reproducción del valor de la fuerza de trabajo y el tiempo de trabajo excedente como producción de nuevo valor, siendo éste el objetivo último de la producción burguesa como tal. Aunque se puedan distinguir conceptualmente e incluso cuantitativamente (al menos en términos medios), en la realidad concreta ambos *elementos* se presentan conjuntamente en la producción social. Denominar trabajo reproductivo al trabajo doméstico es una deformación monstruosa de los conceptos marxistas, que los reduce y estrecha para adaptarlos al marco feminista (pues obvia que el trabajo doméstico se incluye, como la compra de comida, de electrodomésticos o en la factura de la luz, en los gastos de reproducción de la fuerza del trabajo; es decir, en el salario) y que oculta el origen de clase de la opresión de la mujer y del proletariado en su conjunto (pues deforma el significado de categorías clave para entender el secreto de la moderna producción capitalista, de la plusvalía, de la relación entre tiempo de trabajo necesario y excedente, entre reproducción del valor de la fuerza de trabajo y producción de nuevos valores, que se da en el proceso productivo social mismo, y no fuera de él, ni en la esfera de la distribución ni en la familia).<sup>56</sup>

condiciones de producción capitalistas esto adopte monstruosas formas (del reparto de comida a domicilio a la gestación subrogada, de la servidumbre de la *chacha* a la conversión del desahogo entre amigos en la empastillante terapia clínica) no es nada nuevo ni sorprendente. En la naturaleza del capital está inserta su necesidad de convertir toda relación humana en una sucia compraventa de mercancías-servicio. Lo históricamente significativo es que, convirtiendo las *relaciones humanas privadas* en *mercancía*, el capital tiende a sacar fuera de las cuatro paredes del hogar las relaciones sociales que en él quedaran, universalizándolas y emancipándolas de su forma primitivamente aislada. Sólo hay que negar la negación para que la compraventa universal devenga universal asociación libre y volitiva.

<sup>56</sup> Estas concepciones feministas, en la medida en que hacen parte de las *ideas dominantes*, aparecen también entre los exponentes *críticamente* oportunistas de la aristocracia obrera radicalizada. Por ejemplo, veamos cómo este *portavoz* de los *sin voz* asume, incluso en contradicción con otros pasajes de su texto, el lugar común feminista que hemos explorado esa supuesta esfera... perdón, *ámbito* de la reproducción. «Así, y esto es muy importante, el proletariado incluye no solo a aquellos que tienen éxito a la hora de vender esa mercancía, esto es, quienes consiguen entrar en la relación salarial, sino también a quienes no lo consiguen (los parados, que forman el “ejército de reserva” del capital) y también a quienes participan de las necesidades de la reproducción de esa mercancía especial, aunque su trabajo no tenga que ser intercambiado en el mercado al no ser privado e independiente, y por ello no tenga un precio: este es el ámbito de la reproducción, históricamente legado a las mujeres.» AGIRIANO, M. *El proyecto comunista*. Consultado en: <https://contracultura.cc/2022/09/08/el-proyecto-comunista-la-propuesta-politica-de-marx>. Donde dice «ámbito de la reproducción» bien podría haber dicho «trabajo doméstico», si quería conservar la coherencia del pasaje. Ya hemos explicado que, desde el punto de vista de las categorías económicas que se manejan en *El capital*, la reproducción de la mercancía fuerza de trabajo se da, en el nivel del valor, **dentro** del proceso productivo mismo; en el nivel bio-fisiológico, a través del consumo individual de los obreros. Pero el trabajo doméstico que pueda implicar el consumo individual no agota éste; ni la familia ni el hogar (ni *las mujeres*) encierran la totalidad de la reproducción de la fuerza de trabajo: el proletario también se reproduce como portador de la fuerza de trabajo emborrachándose en el bar, yéndose de compras, acudiendo al cine o haciendo una

Tithi Battacharya realiza una confesión definitiva respecto al carácter de la empresa de esta corriente teórica. En su síntesis sobre la importancia de la obra de Vogel y del feminismo de la reproducción social, admite que:

«La teoría de la reproducción social es una integración teórica del género en las relaciones de producción capitalista.»<sup>57</sup>

¡Haber empezado por ahí! Ya hemos demostrado que esta integración es imposible en los términos en los que pretendía Vogel: tanto el capital como *El capital* son, necesariamente, ciegos al género. Integrar teóricamente la diferencia sexual (o peor: un concepto como el *género*) en el estudio de las leyes de la producción específicamente capitalista debería venir precedido de alguna justificación. Vogel lo intentó, y terminó reconociendo que su aparente solución no era ya muy *seductora*. Battacharya parte del fracaso de Vogel como presupuesto positivo, y por ello no explica, ni ella ni sus congéneres, qué entienden por *género*, cuál es su posición conceptual en la reconstrucción teórica del modo de producción capitalista, etc. Como postulantes de un nuevo dualismo, no lo necesitan: toman el concepto del *género* tal y como existe y ha sido (o está siendo...) elaborado por las especialistas en la materia... y como material ya dado, exterior y terminado se esmeran en *integrarlo* con calzador en su supuesta tradición *marxista*.

Es por ello que, para proseguir con nuestra investigación, nos veremos obligados a estudiar el concepto feminista del *género* en el próximo artículo de esta serie.

#### 4. Algunas conclusiones políticas

Si hemos querido indagar someramente en el concepto feminista de reproducción social es porque el movimiento femenino burgués ha erigido la *reproducción* en uno de sus principios explicativos de la *cuestión femenina*, así como en una de las claves propositivas de su programa político. Si la *reproducción*, así concebida, resulta ser toda una *esfera* extraeconómica capaz de *resistir* las dinámicas *alienantes* del capital, es lógico concluir que hay que defender, conservar y expandir el dominio de tal esfera *reproductiva* frente a la *productiva*. La nueva lucha anticapitalista consistiría, pues, en defender la *reproducción de la vida* contra el capitalismo. Es por ello que este nuevo dualismo resume su programa, como adelantábamos más arriba, en esa consigna meliflua e idealista que afirma el deber de *poner la vida en el centro*.

«El contrapoder al capitalismo emerge porque los miembros del bien común revolucionario obtienen un mayor control sobre las condiciones de su reproducción social y emprenden unos modos de ser alternativos que se oponen a la “sociedad del trabajo”.»<sup>58</sup>

---

escapadita a su pueblo. Es lo que Marx denomina el *elemento histórico y moral* de la determinación del valor de la fuerza de trabajo. Pero un guñito feminista, aun a costa del rigor teórico, no hace ascos a nadie, ¿verdad?

<sup>57</sup> BHATTACHARYA, T. *Lise Vogel (1938-) y la teoría de la reproducción social*. Consultado online en: <https://catarsimagazin.cat/lise-vogel-1938-i-la-teoria-de-la-reproduccion-social> (la traducción es nuestra –N. de la R.).

<sup>58</sup> FERGUSON: *Mujeres y trabajo...*, p. 159.



Este «control sobre las condiciones de su reproducción social» –que, digámoslo de paso, ya reverbera a su modo entre *movimientos socialistas* y sus portavoces *críticos*– es la teoría detrás de las últimas huelgas feministas, a medio camino entre la *performance* y el *lock out* patronal. No otra cosa son las *huelgas de cuidados*, por ejemplo, como muy conspicuamente expresaba el *Manifiesto* de la huelga feminista de 2018, momento álgido del contemporáneo movimiento femenino burgués.

«Somos las que reproducen la vida. El trabajo doméstico y de cuidados que hacemos las mujeres es imprescindible para el sostenimiento de la vida. Que mayoritariamente sea gratuito o esté devaluado es una trampa en el desarrollo del capitalismo. Hoy, con la **huelga de cuidados** en la familia y la sociedad, damos visibilidad a un trabajo que nadie quiere reconocer, ya sea en la casa, mal pagado o como economía sumergida. Reivindicamos que el trabajo de cuidados sea reconocido como un bien social de primer orden, y exigimos la redistribución de este tipo de tareas. (...) Exigimos que **la defensa de la vida se sitúe en el centro de la economía y de la política.**»<sup>59</sup>

Esta comprensión dualista y acientífica de las formaciones sociales capitalistas sanciona y presupone como eternos los tres momentos de la familia, la sociedad burguesa y el Estado. Por eso concluye naturalmente no la abolición-superación de los mismos, sino su reforma en clave *igualitaria* y *redistributiva*. La opresiva molécula familiar debe seguir en pie, pero albergando nuevas formas *diversas* que permitan la redistribución del trabajo doméstico y la *conciliación*; la esclavitud asalariada no tiene visos de ser arrojada al basurero de la historia, porque al movimiento femenino burgués le vale con reclamar mejores salarios y condiciones laborales; el déspota estatal no tiene por qué extinguirse, siempre y cuando compense sus palos con coloridas zanahorias en forma de servicios sociales como las pensiones, la sanidad y la educación. Ése es el corto recorrido político de este sofisticadísimo «feminismo marxista»: el viejo y conocido oportunismo reformista, ahora bautizado como *feminismo para el 99%* –es decir, **para todas las clases a la vez** excepto para un puñado de *malvados* monopolistas.

Pero una comprensión científica del modo de producción capitalista revela que el aparente misterio de la sociedad moderna radica, precisamente, en que no existen, aquí y ahora, lógicas diferenciadas para la conservación de la vida y la conservación de la producción capitalista: la producción y reproducción de las formaciones sociales capitalistas es el modo históricamente determinado que ha adoptado la producción y reproducción de la vida humana, y **ambos elementos están indisolublemente atados por la mediación del sistema del trabajo asalariado.**<sup>60</sup>

Por eso, también, nos hemos detenido en la determinación conceptual de los momentos de la familia, la sociedad burguesa y el Estado: esta tríada

<sup>59</sup> *Manifiesto 8M 2018*. Consultado en: <https://hacialahuelgafeminista.org/manifiesto-8m> (la negrita pertenece al original – N. de la R.).

<sup>60</sup> Por eso el propio Marx llama la atención, en *El capital*, acerca de cómo el consumo individual de los obreros, improductivo desde el punto de vista del capitalista individual porque sucede fuera del proceso de trabajo, resulta productivo desde el punto de vista de la sociedad como conjunto: el proletario, con su familia, está obligado a consumir sus medios de existencia como mercancías, lo que forma parte de la reproducción general de las relaciones capitalistas al mantener al obrero separado de los medios de producción.

nos da ciertas claves acerca del programa revolucionario del comunismo. Si vemos en perspectiva el tránsito histórico desde el comunismo primitivo (donde los vínculos de parentesco eran coextensivos a la totalidad de las relaciones sociales) hasta el futuro comunista, veremos que la humanidad ha debido pagar el peaje de la diferenciación de tales *momentos* para poder apropiarse libre y asociativamente de la totalidad de las fuerzas productivas que su evolución como especie ha desatado. Si de los vínculos de parentesco se escindieron en proceso histórico las clases –división del trabajo mediante–, y de ellos se segregó el Estado, el moderno proletariado debió comenzar por apropiarse de éste<sup>61</sup> (y así lo hizo, empezando por la Comuna de París), forma de organización superior de la burguesía, para que el *gobierno sobre las personas* devenga progresivamente *administración de las cosas*; pero la administración de las cosas no puede realizarse mientras las leyes naturales de la producción capitalista sigan en pie, por lo que el trabajo mismo –inalterable metabolismo social– debe ser revolucionado, esto es, puesto en coherencia con las inmensas fuerzas de la cooperación social que la burguesía ha desatado; y esta cooperación social, que las fuerzas productivas han convertido en absolutamente **universal**, tampoco puede dejar en pie el ámbito privado de la familia, hoy sencillamente superflua y anacrónica como molécula básica de la sociedad. Digámoslo de otra forma: el proceso de producción y reproducción de la sociedad comunista ya no necesitará su separación en *momentos* contradictorios con funciones propias, sino que todas las funciones sociales serán un único proceso mediatamente unitario: y esta mediación no será el valor, por descontado, sino la libertad de la especie. De esta manera, vemos cómo la **revolución comunista** implica, de suyo, la reabsorción –la *reconciliación*, si nos ponemos hegelianos– de las funciones de los tres *momentos* que el proceso histórico ha destilado (familia, trabajo y Estado) bajo la forma de una libre asociación de los productores directos.

**Comité por la Reconstitución**  
Diciembre de 2022

---

<sup>61</sup> Desde esta perspectiva cobra aún más sentido algo que la Línea de Reconstitución ha afirmado numerosas veces: que era *históricamente necesario* que el proletariado revolucionario tuviera, antes que una teoría del Partido maduramente elaborada, una teoría del Estado (dictadura del proletariado); y, en el plano político, que lograrse antes la *toma del poder* que la edificación de su Partido de nuevo tipo. Esta necesidad histórica nos habla del despliegue real del proceder de una clase revolucionaria: sólo agotando los resortes más elevados que le lega el pasado es capaz de dotarse de sus novedosos y propios instrumentos revolucionarios.